

DISCURSO
PRONUNCIADO
EN
EL PORTAL DE MATAMOROS
POR EL EXMO. SEÑOR
DON MELCHOR OCAMPO
EL 16 DE SETIEMBRE
DE 1852

MORELIA

COLECCION
DE DISCURSOS PATRIOTICOS DE
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

DISCURSO
PRONUNCIADO
en
EL PORTAL DE MATAMOROS
POR EL EXMO. SEÑOR
DON MELCHOR OCAMPO,
EN
LA MAÑANA
DEL 16 DE SETIEMBRE
DE 1852.



MORELIA.

DISCURSO
PRONUNCIADO
POR EL EXMO. SR.
D. MELCHOR OCAMPO
EN
LA MAÑANA DEL 16 DE SETIEMBRE
DE 1852.

IMPRESO POR DISPOSICION DE LA
JUNTA PATRIÓTICA.

MORELIA:

TIPOGRAFÍA DE OCTAVIANO ORTIZ.
Plazuela de las Ánimas número 2.



Señores!

MIENTRAS que la organizacion del hombre se conserve, como hoy nos la muestra su naturaleza, habrá en la especie humana un gran número de individuos que estén no necesaria, pero si fatalmente sujetos á otros. Es naturalmente indeclinable la dependencia y sujecion del débil al fuerte, del ignorante al sábio, del desvalido al poderoso. Pero es socialmente posible la emancipacion de todas estas sujeciones. La hijiene y la ortopedia pueden fortificar ó corregir una organizacion débil y anormal, ó cuando ménos la gimnás-

tica puede enseñar al desgraciado que bajo aquella jime, los ejercicios de armas y otros que compensen su natural debilidad. El estudio ya sobre la naturaleza, ya sobre los libros, ya sobre los procedimientos industriales, puede procurar el grado de instruccion que cada uno necesite para desempeñar por si solo su papel en el mundo. El trabajo y la economía pueden dar á cada uno aquel grado de riqueza que en su esfera baste á satisfacer sus necesidades reales y fantásticas.

Sucede lo mismo con las naciones. La España de 1521 era mas hábil, mas fuerte, mas poderosa que el carcomido imperio de Moctesuma, y cuando la providencia puso en contacto estos dos pueblos, el uno quedó naturalmente sujeto al otro. Pero esa misma vieja España ya no conservaba su prepotencia trescientos años mas tarde, y la Nueva, despues de tres siglos de instruirse y fortificarse, pudo manumitirse del tutor que la oprimia y vivir libre y Señora de sí misma, admitida en la familia de las demas naciones.

Hay cierto grado, hay un cierto género de dependencia que nos degrada, y es aquel en que no podemos vivir sin el auxilio ageno: es aquel en que ni nuestros negocios, ni el uso de nuestras facultades, ni la subvencion á las necesidades nuestras pueden hacerse por nosotros solos. Somos incompletos, estamos trucos, no ecsistimos propiamente como individuos, siempre que nuestra razon, nuestro organismo ó nuestros medios de subsistencia no basten al desempeño de todas las funciones que la natu-

raleza y por lo mismo la sociedad, que es nuestro estado natural, quieren que desempeñemos. No, no hay individualismo, siempre que haya de hacerse por dos ó mas la función que debiera cumplir uno solo, porque la acción y su impulso ó resorte están divididos. Las naciones tampoco pueden serlo, ni aun merecen el nombre de tales, siempre que para los altos destinos que les están encomendados tengan que valerse del auxilio ó complemento de otras. Por el contrario, cuando un cierto número de condiciones se ha cumplido, la dependencia deja de existir: el individualismo se establece en el justo grado que se necesita para la libertad: la nacionalidad se proclama por unos y se reconoce por otros: la nación y el hombre han puéstose en la senda de su relativa é indefinida perfección.

El 16 de Setiembre de 1810 comenzó la Nueva España del modo ostensible y oficial que conocemos la serie de actos por la cual en 1821 habia de terminar su menor edad, verificando su emancipación. La independencia por tanto tiempo ansiada, la independencia que se hallaba, si no formulada en los labios de todos los mejicanos, sí sentida por todos los corazones: la independencia que los mas nobles instintos revelaban á los hijos de Coautimoc y de Cortés se inicia por uno de esos hombres singulares que la providencia sabe elegir, se sostiene con todo género de sacrificios y heroísmo, y se consume para gloria de los que la emprendieron, y bien y provecho nuestro. Muchas veces, en este día de sagrados recuerdos, se os ha dicho esto, Señores. Yo

me limitaré á manifestaros: que si continuamos en la senda fatal en que nuestras discordias nos han metido, se acaba el gran bien de nuestra independencia; y procuraré hacerlo sencilla y tan brevemente como pueda, cuando honrado con la comision de hablaros y aceptándola, á pesar del estado de mi espíritu, porque en favor del objeto tendreis indulgencia, os la pido para lo que voy á deciros.

El mismo hombre que, avanzando en edad, aprenda, trabaje y economize, irá presentando en solo su desarrollo, á medida que crezca y adelante los varios grados de independencia que necesita para adquirir la plenitud de su libertad y llegar á ser ese rey de la tierra, que libre y espontáneamente hace ó no el bien, y merece por ello el premio ó el castigo.

Observadlo, Señores, desde ántes de que nazca: ni para alimentarse ni para moverse tiene voluntad. Por un asombroso mecanismo fisiológico se nutre sin quererlo ni saberlo; pero apénas nacido, ya busca ó rechaza el alimento que le presenta la madre, ya abre ó cierra los ojos, y ya estiende ó no los miembros, ya calla ó llora, ya se irrita ó se apacigua: en una palabra, apénas rompe la plasenta cuando comienza su independencia y por ella su libertad.

A medida que crece, se aumenta esta: ya no necesita andadera, ya come y se viste por su mano, ya comienza á buscar las recompensas y evitar los castigos, ya siente los desvelos de la mas poderosa de las pasiones, ya desea fundar una familia nueva.

Pero necesita del apoyo y consejo del padre ó de quien lo representa, pero no puede disponer de todo su tiempo, no puede entregarse á los ejerci-

—7—

eios ó á los placeres que lo atraen, no tampoco gastar dinero que no tiene, porque ha de sujetarse á áquel por cuyo trabajo vive ó por cuya sabiduría se gobierna.

Vedlo crecer, aprender el arte difícil de la vida, seguir una ocupacion, hacerse hábil en algun ramo y vedlo tambien, conforme continúa su desarrollo, irse emancipando de todas las dependencias, sin consentir otras que las de la razon ó de la ley, cuando ha llegado á la plenitud de su sér.

Luego que del individuo se pasa á la familia, á la tribu, á la nacion, las condiciones del progreso se modifican un poco; pero esencialmente quedan las mismas. El saber, condicion imprescindible, se necesita en todos los grados de sociedad, como en todos los individuos; pero se ha menester en mayor escala. Saber en una ciencia, una ocupacion, un arte, un oficio bastan al hombre: mas artes, ocupaciones y oficios necesita la tribu, mas oficios, artes, ocupaciones y ciencias exige una nacion. En aquello en que el hombre llegó á adquirir habilidad no pide el consejo de otro, ni es sobre los puntos que sabe sobre los que necesita direccion. Y es tan poderosa la dependencia del saber, que los hombres mas eminentes se sujetan gustosos al mas humilde artesano, cuando se trata de puntos de la profesion de éste, tan poderosa que, cuando uno de los canes de Tartaria llegó á subyugar el colosal imperio de la China, se vió á los conquistadores sujetarse espontaneamente á las leyes y costumbres de los conquistados, porque las encontraron mas sábias.

No era la Nueva-España de 1810 tan ignorante

como hubiera convenido á la España. Muchos de sus hijos sabian tanto como los de la madre patria los oficios, las artes, y en las ciencias cuanto entónces conocia la raza castellana sobre derechos y deberes. Y el conocimiento de estos despertó la natural aspiracion de practicarlos. Largos años de esa paz sepulcral que solo parece conservarse porque ni el opresor tiene ya baldon que agregar al oprimido, ni la sensibilidad de este fibra que no esté embotada, ó. . . . acaso mas bien. . . . de esa quietud que produce el entorpecimiento de las potencias, cuando los instintos animales se ejercen á satisfaccion de los sentidos, habian vuelto indiferente para muchos, y hasta querida de algunos, la opresion que sobre nuestros padres se ejercia.

No pudo sin embargo la vida de la inteligencia posponerse en todos á la animal: los que entre nosotros representaban aquella, encontrándose iguales á sus opresores, en cuanto al saber, se veian humillados en todas sus posiciones, se sentian muy superiores á ellos por la justicia de sus aspiraciones; y este mismo brio que da la conviccion de la propia justicia no se debe sino al cultivo del entendimiento que la hace conocer, á la depuracion de la voluntad que la hace amar.

El número de los opresores era en 1810 mayor con mucho que de los oprimidos, respecto á la proporcion en que unos y otros se encontraron en 1520; pero los elementos artificiales de poder eran inmensurablemente mayores por parte de nosotros cuando en el Pueblo de Dolores comenzaron á ensayarse. Re-

recursos mentales, recursos artísticos, recursos financieros estaban en Nueva-España en mayoría de nuestra parte; y sin la desgracia de que nuestros primeros movimientos alarmasen á las gentes pacíficas por los inevitables desórdenes que los acompañaron, la independencia de Méjico no hubiera estado á discusión entre nosotros durante once años, sino que se habria efectuado desde los primeros meses.

Ruborizado de ello, tengo que recordar, que á los fundadores de nuestra nacionalidad se les ha llamado á la barra de la historia, de dos años á esta parte, para que respondan de su conducta. ¡El benefactor llamado á juicio por el beneficiado, para que explique por qué no hizo el beneficio del modo que éste lo entiende, y cuando el beneficiado mismo se opuso á que se hiciera mejor!...

¡Sabéis, señores, por qué es tan comun la ingratitude? Sí, lo sabéis sin duda; mas permitidme recordároslo. El beneficio convierte al que lo hace en superior de quien lo recibe y tal superioridad humilla el amor propio de éste. Se necesita un fondo generoso, una gran veneracion por la justicia y cierta abnegacion para reconocer todos los beneficios y confesarlos en toda su magnitud. Nada mas comun en el ingrato, que discutir si es un bien el que ha recibido, ó atribuirlo á innoble origen ó deprimir por cualquier otro pretesto al bienhechor.

Hay quien cuestione, si la independencia es un bien: sujetadlo á la voluntad de un estraño; no discutais con él. Hay quien cuestione, si la independencia de Méjico fué un beneficio para nosotros. De-

eidle que no, si es de los que apetecen un amo, porque estos lo necesitan; no se sienten capaces de obrar por sí, se reconocen pupilos, confiesan que aun no son hombres. Hacédlos depender del Rey su amo. Pero quien quiera que comprenda la palabra sagrada de pátria, quien quiera que para sí ó los suyos desee la libertad y dignidad propias, no querrá sin duda humillar su noble frente ante el capricho de un déspota estraño, representado por insolentes é inmorales favoritos. Bajo los reyes no hay patriotismo, sino fidelidad al soberano; no hay ciudadanos, sino vasallos, no hay pátria: *el Estado soy yo*, dijo uno de los mas notables déspotas, reasumiendo el espíritu de las monarquias.

Y cuando á alguno veáis que teniendo pátria ultraja á esta santa madre, que abusando de funestos talentos, los emplea en desacreditar y maldecir á sus padres, que desconociendo su origen oscuro y plebeyo quiere alzarse á mayores y reniega su humilde prosapia, compadedcedlo ó despreciadlo. No es sin duda esa virtud que todos han venerado y se llama patriotismo, la que da inspiracion á sus lábios ó á su pluma. Se rie ó se lamenta de tener madre, y tampoco es sin duda por la nobleza de sus sentimientos ó por la elevacion de su espíritu por lo que se complace en deprimirla y volverla despreciable á los ojos de sus hermanos y de los estraños. Califica de preocupacion el patriotismo y á espensas de tan honorable sentimiento, á espensas de la pátria, abstraccion demasiado sublime y generosa para que él la alcance, satisface su orgullo de crítico y su

vanidad de parlante. Os lo hé dicho ya: compadece-
le ó despreciadlo.

Mas si encontrais con personas que tengan ese pu-
dor que hace ocultar los defectos de la familia pro-
pia, que no piensen en ser *imparciales* cuando se
trata del padre ó de la madre, que tengan corazon
para agradecer, no dudeis en decirles, que la indepen-
dencia fué para Méjico un bien tan grande, tan gran-
de, como no puede tener otro mayor, puesto que
á él debe su ecsistencia política.

Sí, fué un bien que os debemos, justamente lla-
mados *Padres de la Pátria!*, por vuestra sagaz pre-
vision, por vuestro valor indómito, por vuestra heroi-
ca constancia, por vuestra abnegacion sublime tene-
mos pátria! Si algun esclavo bendice á su dueño
¿Por qué nosotros no hemos de bendecir á nuestros
padres? Se os acusa, héroes queridos! de haber em-
pleado los únicos medios que en vuestra mano es-
taban; se os acusa de no haber sabido lo que hoy se sa-
be; se os acusa de los abusos cometidos en vues-
tro nombre; y se blasfema de la providencia, supo-
niendo que en un suceso que cambió la faz del
mundo, obrásteis contra sus designios justos, os opu-
sísteis á su voluntad omnipotente, triunfásteis de sus
decretos eternos. ¡Descansad en su seno! ¡Compa-
decad estos delirios! y si para mengua nuestra con-
tais algunos ingratos entre vuestros propios hijos, con-
tad tambien con las bendiciones de todos los hombres
generosos en todos los paises y en todos los siglos á
que llegue vuestro nombre.

Pero algunos dicen, que sin negar que en sí mis-

ma la independencia sea un bien, ningunos otros ha producido. Si suponemos por un momento, que semejante absurdo fuese cierto, por mas que lo desmientan la ciencias, las artes, la industria en todos sus ramos, el comercio, las comodidades de la vida, la simple comparacion del número de los que hoy las disfrutan con el de los que las gozaban ántes, de los productos actuales con el de nuestros antiguos artefactos ¿sería culpa de nuestros héroes, si en mas de treinta años no hemos sabido aprovechar sus sacrificios? Debe increpárseles por que creyeron que llegaríamos, nosotros sus hijos, nosotros su orgullo y esperanza á ser hombres y cuerdos, miéntras la conducta nuestra ni ha sido ni es sino la de niños grandes ó de insensatos?

Y en efecto no ha sido cordura, no tanto ya desperdiciar los años y la riqueza pública en diversos ensayos de gobierno y administracion, cuanto lo será que del todo perdamos la leccion última que el triunfo de los Estados- Unidos sobre nosotros debió darnos. Una vez idos nuestros vecinos ¿Qué pedia la prudencia? Que los males reconocidos se remediaran, que los futuros se precavieran. Comenzamos apénas la obra. El ejército era demasiado numeroso é indisciplinado? pues debia disciplinarse y reducirse el ejército. Sus altos grados habian sido invadidos por personas indignas y prodigádos por inmorales mandarines? pues devia cegarse la fuente de estos abusos. Los estraviados gastos del gobierno general habian superado en tanto los recursos públicos, que no solo se agotaron todos los bienes nacionales, sino que las generacio-

nes venideras se gravaron con una inmensa deuda; se redujeron los gastos hasta costar nueve millones toda una Administracion central que en algun año, para el ramo solo de guerra, presupuso mas de veintiun millones. . . . la deuda se redujo y aun parte se puso en via de pago. Diga lo que quiera la pasion. ¿Ha habido en nuestros anales época mas económica ni ménos sangrienta que la del último lustro? La ha habido que en su conjunto presente mas tendencias á morigerar la Administracion?

Pero esto no ha bastado para el ansia con que este pobre é impertinente enfermo quiere volver á plena salud. Comenzaban á cicatrizar las heridas mas peligrosas y cuando debiera ponerse la mano sobre tantas como faltan que curar, murmuraciones que al principio se veian con disgusto por todas las personas sensatas que conocen la lentitud de esta especie de convalecencia, fueron gradualmente haciendo perder la confianza, aumentando los desaciertos y el disgusto, y de simples aspiraciones al *mejor estar* se convirtieron en críticas ciegas y apasionadas del *estado actual* y han despertado la discordia que por unos cuantos meses parecia aletargada entre nosotros.

Desgraciada República, prepárate para la que acaso será la última de tus locuras! subdividida la inteligencia casi en tantas opiniones como hay cabezas que piensen, la inteligencia, primer poder del hombre y de la sociedad, se halla como diluida (permífidme la espresion) en tantos pareceres diversos: no hay por lo mismo opinion, no puede crear-

se un espíritu público porque no hay una fé uniforme.

La fuerza dividida igualmente y desorganizada piensa resolver por la desolacion y el exterminio una cuestion que aún no se formula, un problema cuyos datos aún no se completan por parte de los insurrectos. Los que van pronunciándose piden; pero ni saben qué, y si algo piden tan solo es para que los incautos crean que hay motivos para pedir con las armas.

La riqueza acumulada por el sudor é industria de los particulares, desviada del tesoro comun la parte que á él debia entrar por la inmoralidad y la ineptitud de algunos, vá casi á consumirse en gastos no solo inproductivos, sino destructores y ruinosos.

¡Qué vá á ser de tí, pobre Méjico, cuando están desquiciados los elementos de tu poder é independencia, y cuando en el vértigo de las pasiones, tus mejores hijos ván á desgarrar tus entrañas? Cuando en nombre los unos de la libertad y los otros del orden (como si ambas ideas no fueran compatibles) van á agotar tus fuerzas para entregarte postrada á los piés de tu ambicioso y prepotente vecino!

¡Dios mio! Dios mio! Si el arrojo de Hidalgo, si el génio de Morelos, si el indomable valor y ejemplar constancia de tantos de nuestros héroes solo han de servir para que por contraste nuestra conducta parezca mas ignominiosa: si la sangre vertida y las destruidas riquezas solo han de ser un medio para que nuestra raza pierda su nombre y la Anglo-Americana se enseñoree de nuestro territorio, hacién-

donos perder nuestro culto, nuestra libertad, nuestra lengua, nuestra historia, destrúyenos, destrúyenos, Señor, antes de que nos volvamos mas indignos de tí!

¡O Patria mia! Si ha de ser infecundo el trabajo de tus fundadores, si han de volverse estériles la resolucion que tantos tenemos de morir antes que infamarnos y la preferencia que, como el Historiador romano, damos á una peligrosa libertad, sobre una esclavitud abyecta, haz que las cimas de tus estinguídos Volcanes estallen en general conflagracion, que el Atlántico y el Pacífico se unan por encima de nuestras cordilleras, que nuestro continente se hunda como la célebre Atlántide y que ni escollos dejen sobre el Oceano que hagan recordar nuestra infamia y tu deshonra!

Dispensadme señores. Yo no debí mirar el lúgubre horizonte de nuestro porvenir en un dia como este, que debe ser de júbilo, de congratulaciones y grata remembranza. Pero el espectro de la perdida Pátria se ha presentado ante mis ojos y no he podido reprimir mi conmocion.

La Pátria está en peligro! La Pátria está en peligro! La Pátria está en peligro! Pero unidos lo conjuraremos. Es hablando, no matándonos, como habremos de entendernos. La flecha mortífera del salvaje y el lápiz calculador del Yankee nos amenazan por todas partes. ¿Habremos de facilitarles su presa con nuestra lucha fratricida? En nombre de nuestra religion, de vuestras familias, de vuestra dignidad, de vuestros intereses todos, os ruego que per-

manezcáis unidos! En nombre de todos nuestros re-
cuerdos y aspiraciones de honor y de gloria!

¡Quereis ser independientes? Aprended, trabajad,
economizad. ¡Quereis que Méjico lo siga siendo?
¡Uníos!

Morelia, Setiembre 16 de 1852.

